

Mi abuelo Domingo

Hernán Luis Digilio Pérez

Nunca tuvimos claro si fue el Highland Harris, el Highland Brae o, tal vez, el Highland Pride¹. Lo cierto es que, cuando aquel vapor llegó a Buenos Aires, el derrotero de mi abuelo comenzó a forjarse en América y hoy encuentra eco en el corazón de su nieto, que nunca dejó de reconstruir e idealizar su historia y su profundo sentimiento españolista.

Mi abuelo materno, Domingo Pérez Torres, nació en La Rinconada de la Sierra, un pequeño pueblito salmantino en la actual Comunidad Autónoma de Castilla y León, el 28 de diciembre del año 1900. Hijo de Clemente Pérez y Andrea Torres Rodríguez, tuvo cuatro hermanos a quienes, afortunada pero brevemente, llegué a conocer. Domingo pasó su infancia en aquella Comarca de la Sierra de Francia cuando el poblado alcanzó su número máximo de habitantes.

El censo del año en que nació indica que había en la Micro Comarca de La Calería 539 habitantes. En el registro de 1910, año en el que mi familia se fue de La Rinconada, consta que había disminuido a 515 y, desde aquel momento, la cifra de pobladores



La Rinconada de la Sierra. Fotografía de 2014.

¹Todos ellos botados entre 1904 y 1910 y pertenecientes a la Nelson Line, con sede social en Londres. (N.E.).

comenzó una curva descendente que supone el riesgo de parir un pueblo fantasma más.

Pocos datos he podido recabar sobre la familia Pérez de la que descendía mi bisabuelo. Sé que sus padres eran labradores y que, probablemente, provenían de un pueblo llamado Sepulcro Hilario, también en Salamanca. Sin embargo, he logrado contactar con la rama de los Torres de La Rinconada y a ellos se debe parte de esta orgullosa reconstrucción. La curiosidad y el amor por mis raíces se vieron recompensadas por la globalización informática cuando, a comienzos de este milenio, hallé en una rústica página web llamada “Pueblos de España” algunos indicios que me acercaron a La Rinconada de la Sierra. Una persona llamada Tomi se dispuso a ayudarme a encontrar a mis parientes rinconejos. Quiso la diosa fortuna que aquel “Tomi” a quien creía un muchacho resultara ser Tomasa Hernández Sánchez, una prima salmantina que se ha convertido en el nexo fundamental entre el pueblo de mi abuelo y yo. Desde entonces, tengo un contacto fluido y cariñoso con ella y con el resto de mi familia que quedó en España. Por suerte, compartimos el afecto y constituimos el lazo ancestral que se remonta a la llegada a La Rinconada de mi bisabuelo, Cipriano Torres, de quien se sabe que era cabrero y había arribado al pueblo proveniente de Martín del Río, localidad que más tarde cambió su nombre a Martín de Yeltes (Salamanca).

Como dije más arriba, mi abuelo junto a sus padres y sus cuatro hermanos, dejaron el pueblo en 1910. La pequeña economía rural de auto subsistencia ya no era suficiente para alimentar a una familia numerosa que vivía sujeta a los avatares de un poblado que comenzaba a sentir fuertemente la disminución de sus habitantes y la crisis económica que asolaba a Europa y la conducía indefectiblemente a un conflicto bélico.

Cuenta mi tía abuela segunda, Gonzala Hernández de Rinconada, que ella recuerda a su abuela Mónica Torres Martín llorar desconsoladamente evocando el día que su hermana se fue del pueblo.

Tras abandonar La Rinconada de la Sierra, mi familia pasó un año en Minas de Riotinto, Andalucía, para ganar algo de dinero trabajando en la cuenca minera antes de partir definitivamente para América. En diciembre de 1911, finalmente, arribaron al puerto de Buenos Aires

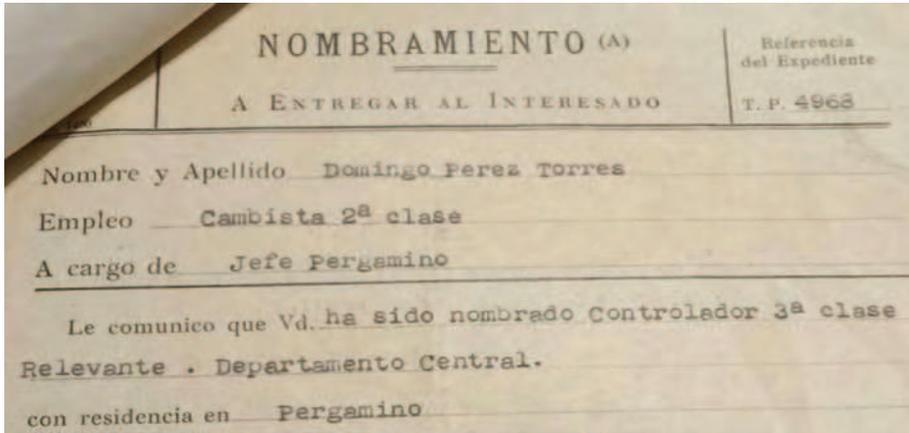
y se encontraron con una Argentina que recibía con los brazos abiertos a la gran inmigración proveniente de Europa. Mi abuelo estaba a punto de cumplir once años ese mismo mes y puedo imaginar su rostro azorado entre los miles de viajeros que llegaban a estas costas.

Por aquellos años, la República Argentina se constituía como “El granero del Mundo” y muchísimos migrantes europeos soñaban con “hacer la América” en estas tierras fecundas y abiertas. El resultado fue la llegada masiva de italianos y españoles, especialmente, pero también de sirios, libaneses, eslavos y, en menor medida, alemanes, franceses y galeses. No hay constancia de que mis familiares se hayan hospedado en el



Domingo Pérez Torres a los 11 años, recién llegado a la Argentina.

Hotel de los Inmigrantes pero es factible que hayan pasado un par de días allí antes de desplazarse a la ciudad de Pergamino, en la Provincia de Buenos Aires. Clemente y Andrea se radicaron definitivamente allí junto a sus hijos: Miguel, mi abuelo Domingo, María, Victoriano (a quien llamaban Vitorino) y, el más pequeño, Deogracias (a quien llamaban Manuel).



Nombramiento como “Controlador de ferrocarril” en la ciudad de Pergamino.

Mi abuelo creció y se casó con Máxima Remersaro, una bella muchacha que había heredado los ojos verdes del norte italiano. Como tantos otros españoles en América, mi abuelo encontró acomodo en los pujantes ferrocarriles argentinos. Sucede que, siendo un país agroexportador, todo el tendido ferroviario confluye en Buenos Aires, puerto y capital de un país modelado con esos objetivos desde finales del siglo XIX.

Lo cierto es que mi abuelo se convirtió en peón cambista y, más tarde, en controlador de la línea de carga de la Compañía General Buenos Aires que pasaba por mi ciudad. Si bien fue trasladado varias veces a pueblos vecinos cuando llegó a ser guarda de trenes y auxiliar administrativo (Tuyutí, Salto, Cañada Rica y Tacuarí), Pergamino se convirtió en su ciudad adoptiva.

La familia Pérez comenzó a hacerse cada vez más grande. Domingo y Máxima tuvieron cinco hijos. Todos ellos, especialmente mi madre, mamaron las tradiciones y el sentir español de su padre. Las historias familiares relatan que jamás dejaron de celebrar el Día de San Juan con una gran fogata y que siempre se reunían con los parientes para una bulliciosa celebración el 25 de julio, Día de Santiago Apóstol. Mis dos tíos varones, Raúl y Alfredo, también trabajaron como guarda-barreras y cambistas en el ferrocarril, así que los días transcurrían entre

el devenir ferroviario de mi abuelo y ellos dos, la labor textil de mi tía Amelia, el oficio de panadera de mi tía Hilda, el cuidado de mi madre, Haydée Norma (que era por mucha diferencia la más pequeña) por parte de mi abuela y, siempre, los recuerdos de la vieja España.

Mi abuelo y mis tíos abuelos conservaban el acento castellano y refunfuñaban cuando alguien los llamaba “gallegos”. A mi tío abuelo Vitorino le jugaban bromas porque no pronunciaba la T de un equipo de fútbol argentino llamado “Atlanta”, derivando en un españolísimo “Alanta”. Asimismo, todos ellos compartían con viejos amigos los vínculos que se habían forjado en su tierra natal

y la nostalgia al evocar el pasado que habían dejado atrás. Recuerdo vagamente a un hombre bajito y muy deteriorado que iba a jugar a los naipes a casa de mi abuelo. Usaba una boina negra y se llamaba Manolo de Arriba. A mitad de camino entre las tinieblas de la anécdota y el testimonio de primera mano, sé que viajó en el mismo barco con mi abuelo y que estuvieron a punto de arrojarlo al mar porque estaba gravemente enfermo.

Fueron él y mi abuelo quienes me enseñaron una suerte de “relato medieval a través de la baraja española” que rezaba así:

“Un rey poderoso y rico con una serpiente al pie, un caballero, una copa, con un palo una mujer. Toma mujer esa copa que con mi caballo y maza te he de ofrecer un doblón porque el rey así lo manda. Al pie de un pino una fuente, un rey fue a beber sediento, fuerte mujer se lo impide y otro le ofrece dinero. Un caballero valiente a una mujer da dinero y el rey, por vengarse de ellos le da una copa de veneno”.



Disposición de la baraja española para narrar una historia.

Quiso la providencia que mi madre encontrara al casarse un terreno a sólo dos calles de su casa paterna y edificara allí lo que sería su propio hogar. La cercanía física redundó en la cotidianidad en el trato con mis abuelos. Si bien no pude disfrutarlos tanto como hubiera querido, aquellos años entre 1976 y 1983 serán siempre un motivo de dulce melancolía para mí.

De chico solía ir corriendo por la calle de tierra hasta Mar del Plata 479, la dirección inolvidable de la casa de mis abuelos. El tenue recuerdo de mi abuela Máxima se limita a la ternura de sus abrazos y a la bondad de sus ojos. Lamentablemente, yo era muy chico cuando enfermó gravemente y murió. Sin embargo, conservo de mi abuelo Domingo los más vívidos recuerdos y la sensación de poder recrear las charlas compartidas y las anécdotas que solía contarme sobre su vida en España. Mi abuelo tenía una cicatriz profunda en su calva cabeza. Un día me sentó en su falda y me contó que se la había producido con una carretilla de torear, jugando con otros chavales en las calles de La Rinconada. Sus ojos se habían vuelto muy pequeños y, cuando se sonreía, se achinaban todavía un poco más. Creo que nunca era tan feliz como cuando me hablaba de España. Tal vez, había un pequeño encono con Argentina porque le habían negado la nacionalidad por muchos años y esto le impedía realizar ciertos trámites legales y burocráticos que siempre demoraban un poco más.

Ya jubilado, mi abuelo Domingo conservaba una modesta cajita de metal que solían portar los ferroviarios. En ella guardaba algunos trastos del ferrocarril, tornillos, clavos y herramientas de mano pero, por alguna razón, nunca debíamos tocar aquel pequeño arcón. Sin embargo, el día de



Domingo Pérez Torres. Documento del Registro Provincial de las Personas (1969).

su cumpleaños número ochenta y dos, después de almorzar en su casa, mi abuelo me llamó aparte y se mostró decidido a revelarme cuál era el arcano que escondía en el baúl prohibido. Todos los demás se habían quedado haciendo la sobremesa. Él y yo nos fuimos a una modesta construcción en el patio, junto al gallinero, donde atesoraba sus palas, su pico, su azada y aquella caja, cada vez más misteriosa. La tomó entre sus manos, se sentó en una silla de paja bajita y la abrió ante mis ojos deseosos de encontrar un gran tesoro. Supongo que advirtió la desilusión en mi rostro cuando no hallé las riquezas esperadas pero creo que hoy se sentiría orgulloso de saber lo que aquello significaría para mí por el resto de mis días. Las manos ajadas de mi abuelo Domingo sostenían unas castañuelas negras, polvorientas y algo despintadas cuya madera ajada evocaba los sonidos de su patria y el clamor de los familiares que quedaron allí. Me gusta creer que habían pertenecido a su abuela Emerenciana pero mi abuelo no me dijo nada sobre ellas. Sólo me acarició el pelo con sus dedos ásperos y volvió a guardar su secreto en la cajita de metal.



Castañuelas

El devenir de la inmigración castellana y leonesa en la Argentina debe estar plagado de estas historias agridulces y de tantas anécdotas que hoy siguen vivas gracias a algunos nietos y a los cada vez menos hijos que quedan de la gran oleada migratoria que recibieron estas tierras entre finales del siglo XIX y principios del XX.

Tras la muerte de mi abuelo, su memoria ha residido en las tres hijas que lo sobrevivieron. Ahora sólo quedamos mi madre y yo como depositarios de todos aquellos recuerdos. Por fortuna, y con mucho esfuerzo, en 2014 mi mamá pudo visitar el pueblo de su padre y encontrarse con la



Haydée Norma Pérez, hija de Domingo, en La Rinconada de la Sierra (2014).

familia que quedó allí. Se reunió con sus primas Manuela, Amor y Gonzala, y pudo conocer la fachada de lo que alguna vez fue la casa de los Pérez Torres en el Solano, la parte de arriba del pueblo.

Yo sigo esperando el momento en el que pueda recorrer las callejuelas empinadas de La Rinconada y sentir bajo mis pies el latido de la tierra que vio nacer y cobijó a mi abuelo Domingo. Mientras tanto, continuaré sosteniendo su memoria e intentando atesorar sus vivencias para que él y su querido pueblo sigan vivos.